

DESENTERRAR EL MAÑANA: CONTRA LA NORMALIZACIÓN DE LA GUERRA

El mundo no está en guerra. Es guerra. Existir en este planeta hoy es habitar un campo de batalla—uno donde las líneas de combate han des-aparecido, donde los cuerpos no llevan uniformes, donde las armas se disuelven en el tejido de lo cotidiano. La militarización ya no es un; ahora es una condición atmosférica, una ecología de muerte normalizada. El futuro no está delante de nosotros. Está enterrado bajo nuestros pies. (la necro-ecología del presente).

En otro tiempo, la guerra se definía por su temporalidad. Antes, las guerras tenían un comienzo y un final. Ahora, la guerra es interminable—auto-reproductiva,

auto-justificativa, auto-perpetuante. El lenguaje de la “seguridad” lo absorbe todo, hasta volverse el único discurso posible. Casi cada gobierno una máquina de guerra, cada protesta una potencial “amenaza”. No hay conflictos—solo operaciones, vigilancia, disuasión, preempciones. La guerra de hoy es una guerra sin guerra, una que borra incluso la posibilidad de ser reconocida como tal.

¿Cómo percibimos la militarización cuando ya no se anuncia a sí misma? La guerra ahora se estetiza como ausencia, a una distancia que no se puede sostener— Una barca de refugiadxs que desaparece en el mar. Las armas de hoy no son solo letales; también son epistémicas. No solo matan cuerpos; matan también la posibilidad de presenciarlos. La primera víctima de la guerra no es la verdad. Es la misma posibilidad de percepción. La militarización no solo produce muerte; también produce una condición afectiva—disempatía. La capacidad de sentir el sufrimiento del otre se

desmantela sistemáticamente. Las fronteras no solo se militarizan con vallas y soldados, sino con ideología, con lenguaje, con algoritmos. Los civiles se convierten en “amenazas”, los refugiadxs en “crisis”, los bombardeos en “esfuerzos de estabilización”. La economía política de la guerra contemporánea no solo trata de extracción o destrucción, sino de producir indiferencia afectiva. Resistir la guerra hoy no es simplemente resistir la violencia. Es resistir la totalidad de un mundo que ha hecho de la guerra su condición de existencia. Es desenterrar un futuro que ya ha sido declarado imposible.

¿Qué significa desmilitarizar la percepción? ¿Desarmar el lenguaje? ¿Trazar nuevas cartografías de la solidaridad fuera de la lógica de la seguridad?

Vivir de otro modo no es solo una elección cosmo-ética. Es una insurrección ontológica.